

1

Una propuesta inesperada

ALARRAZABAL SIEMPRE LE LLAMÓ la atención la pequeñez de los pisos madrileños, sobre todo los del centro. Donde su compadre Tejada, en Usera, los pisos eran más amplios, más modernos y también más baratos. Su compadre se lo decía siempre que tenía oportunidad: qué hacía allí en el centro, que se mudara a Usera, hombre. ¿Acaso no trabaja ahí? ¿Acaso no ahorraría un dineral en transporte y en comidas? Y lo miraba con una perplejidad tintada de reproche, si quería hasta le prestaba dinero para que se metiera en la compra de un piso. Larrazabal movía suave, obcecadamente la cabeza.

Aunque en los últimos años le había ido lo suficientemente bien como para poder mudarse a otra zona, a él le gustaba Lavapiés, lo consideraba su barrio, allí había vivido desde que llegó a Madrid. Y su compadre, algo fondón, de camisa y vaqueros impecables —cuando no estaba de corbata y traje, casi siempre azul o gris—, se llevaba las manos a la cabeza como incapaz de entender aquel despropósito, que Larrazabal quisiera pagar más dinero por un piso pequeño con tal de estar en ese barrio. Pero después se le pasaba la contrariedad, dejaba de insistir en el asunto y seguían bebiendo cerveza muy fría y trinchando trozos de tamal o porciones de ceviche, a veces un contundente cocido que Mari Carmen, su mujer, preparaba para que no os olvidéis de que estáis en Espa-

ña, joder, decía con su acento madrileño y sus maneras toscamente cariñosas. A veces tocaba un buen restaurante, también, de esos a los que Tejada se había vuelto muy aficionado, descubriendo una dormida veta gourmet que exploraba, de un tiempo a esta parte, con interés y fruición algo más allá de la comida peruana.

En camiseta, sentado frente a su ventana, Larrazabal sintió con fastidio que se le humedecían los ojos al pensar en su compadre. Encendió un cigarrillo y se volvió a mirar a Fátima. ¿Por qué le decían Colorado?, le preguntó aquella primera vez que salieron juntos, durante las fiestas de San Lorenzo. Él le contó. Ella no supo si reírse o enfadarse, abrió mucho los ojos, soltó un bufido, ¡pero qué barbaridad!, y luego lo volvía a mirar y se le escapaba la risa. «Blanquita», le decía desde entonces Larrazabal acomodando con una de sus manazas los cabellos retintos de la joven. Pero ella decía que no, que no era blanca, y se reía con sus dientes hermosos y grandes, de hembra saludable. Era mora, marroquí, árabe, si prefería. ¿Acaso él no era negro? Negro, sí, negro peruano. Y mitad vasco, añadía pasando un dedo desde la cabeza hasta el vientre, como diseccionándose en dos mitades. ¿Un vasco negro? ¿Dónde se ha visto eso? Y los dos reían. Siempre terminaban con lo mismo. La marroquí y el peruano, la árabe y el vasco.

La mora y el negro, más bien, se ensombreció Larrazabal cuando le vino a la cabeza la imagen del padre de Fátima, el viejo Rasul. ¿Qué diría? ¿Qué diría si supiera que su hijita adorada se acostaba con él? Se tendría que morder la lengua, claro, pero por cuánto tiempo. Larrazabal se incorporó de la banqueta donde estaba sentado y se acercó a la cocinilla para poner a hervir agua. No, definitivamente no le gustaría. «Los moros son unos racistas de los cojones», le dijo Koldo un día, cuando él empezaba a salir con Fátima. Pero lo dijo con una sonrisa que desmentía la seriedad de sus palabras.

A FÁTIMA LA HABÍA CONOCIDO casi un año atrás porque ella y su hermano Jamal lo fueron a buscar para contarle desesperados lo que había ocurrido con su padre. Como si él pudiera hacer algo, bufó al escuchar la explicación atropellada de ambos, ¿por qué le contaban todo eso?, y estuvo a punto de darles con la puerta en las narices cuando la mano de Fátima aferró la suya, impidiéndole cerrar. Luego lo miró con tal intensidad que Larrazabal se quedó petrificado. Como una liebre frente a una cobra, pensó.

—Sabemos que ha sido policía en su país. Usted conoce bien cómo se manejan estas situaciones.

Su voz había sonado alarmantemente ronca, casi teatral.

—¿Por qué no van a la policía?

Los hermanos lo miraron en un silencio cargado de reproche. Claro, era una pregunta estúpida. Larrazabal, como todos en el barrio, sabía bien que Rasul Tarik traficaba con móviles, con cigarrillos, quizá con hachís, aunque Fátima jurara que no, que eso no. El caso es que había desaparecido de camino a su casa —unos chiquillos vieron que lo metían a empujones a un coche gris— y a las pocas horas recibieron una llamada para pedirles dinero. Dinero que no tenían. O que no podían reunir tan rápido...

—Tiene que ayudarnos —se rompió finalmente la voz de la chica—. Le pagaremos lo que nos pida.

Nunca supo por qué aceptó. O mejor dicho sí, se dice ahora, mientras observa cómo empieza a burbujear el agua para el té y enciende otro cigarrillo. Pero siempre se sorprendió de que resultara tan fácil ser persuadido por la morita que veía pasar todas las tardes por su portal, con sus pañuelos y sus faldas largas, y que lo saludaba con una coquetería inofensiva y jovial. «Así de fácil eres, compadre», se rio Tejada cuando él se lo contó, dándole una palmada burlonamente compasiva en la espalda. Pero que tuviera mucho cuidado de dónde se metía.

Y así debió haber sido, pero no fue. Porque sin saber en qué momento, ya tenía a los hermanos en su minúsculo piso y él había sacado una libretita de notas. Y empezó con las advertencias. Lo primero: solo él hablaría de ahora en adelante con los secuestradores. Ni una palabra a nadie. ¿De acuerdo? Había que plantear una cifra que pudieran asumir, sin eso que se olvidaran de volver a ver a su padre. Segundo: debían hacer una lista con todos sus posibles enemigos, con gente del negocio en el que estuviera metido, con sus vecinos, con los familiares de aquí y de allá, de...

—Marrakech —dijo Fátima pasándose un pañuelo por los ojos—. Somos de Marrakech. —Su voz sonaba ahora más serena, y eso le gustó al Colorado. Mostraba temple.

—¿Entendido? —Esta vez miró a Jamal, que fumaba moviendo el ralo bigotillo con cierta hastiada suficiencia. El chico gruñó algo que parecía un sí, pero Fátima le hincó un dedo en las costillas.

—Entendido. ¡Joder! —Saltó el hermano, y se llevó una mano al costado.

Fueron dos días duros. Después de algunas llamadas discretas aquí y allá, de conversar con los chavales que vieron todo y de atar algunos cabos, Larrazabal supo con quiénes se enfrentaba. Al viejo Rasul lo habían secuestrado unos albaneses de allí, del mismo Lavapiés. Pedían treinta mil pavos. No eran de aquellos siniestros profesionales que acechaban urbanizaciones de lujo y se ocultaban en polígonos alejados, con armas y coches preparados. Con esos sencillamente no se podía negociar. Pero esos jamás hubieran secuestrado a un traficante de tres al cuarto de Lavapiés. Estos eran unos aficionados que habían dejado tantas y tan fáciles pistas que hasta Santi, que vendía cupones de la ONCE en la esquina, podría dar con ellos. Pero no podían ir a la policía, claro. Eso no era negociable, le dijo Fátima, y él se encogió de hombros.

¿Con quién cojones hablaban?, preguntó uno, alarmado, cuando Larrazabal contestó la primera vez. Con paciencia, con toda tranquilidad, explico que él era el portavoz de la familia, que de ahora en adelante conversarían con él. El albanés soltó un juramento y seguro se cagó en su madre en su lengua endiablada antes de colgar. Larrazabal vio el horror encendiendo los ojos de Fátima, las manos de la madre elevadas al cielo, la maldición de Jamal cuando entendieron que la conversación se había roto abruptamente. Pero el Colorado les explicó que así era esto, volverían a llamar, que tuvieran confianza en él. Y así fue. A las dos horas el teléfono volvió a timbrar. Esta vez escuchó una voz que parecía de pedernal. Siniestra. Si no reunían los treinta mil euros, que mejor fueran preparando un puto entierro moro. Solo habían podido reunir quince. ¿Qué? Quince mil euros, no tenían más. Pero si les daban más tiempo... Volvieron a jurar y a cagarse en sus muertos. ¡Al viejo lo iban a recoger en pedacitos, *marroquiños* de mierda!, escucharon todos. Jamal quiso echar de la casa al Colorado, que se dejó empujar mansamente hasta la puerta. La madre lloraba agazapada en un rincón. Pero Fátima soltó dos ladridos en su lengua llena de jotas y asperezas y su hermano se quedó callado. Cuando se volvió a él, su voz era fina como un hilo de acero:

—Siga con la negociación, señor Larrazabal. Confiamos en usted.

Y en la mirada que le dirigió había una súplica pero también una desesperación y una vaga amenaza.

Por fin, luego de innumerables llamadas que se prologaron durante toda la madrugada y hasta bien avanzada la mañana del día siguiente («se van turnando, quieren cansarme»), llegaron a un acuerdo. Veinte mil euros. Larrazabal tenía los ojos enrojecidos, la lengua calcinada por los cigarrillos que había fumado sin tregua y una sensación de suciedad atroz en las manos, como si hubiese

estrangulado a un animal. Fátima le ofreció una taza de té y Larrazabal olfateó la hierbabuena como si fuera algo inexplicable y sagrado... Sí, así había ocurrido.

EL AGUA FINALMENTE HERVÍA y él terminó de preparar el té sintiendo cómo explotaba en su nariz el perfume fresco de la hierbabuena. Cada vez que lo bebía recordaba esa mañana turbia en casa de Rasul Tarik, el piar recién amanecido de los pájaros, los ojos cansados de Fátima, que había permanecido a su lado toda la noche y toda la madrugada, como quien acompaña en un velatorio, hablando poco y en susurros.

Esa mañana los hermanos pusieron el dinero en una vieja bolsa de deportes y Larrazabal salió de la casa, cogió un taxi y se acercó a un bar de General Ricardos. Allí le esperaba una nota —una nota escrita en mal castellano, metida en un sobre usado de Nacex— donde le daban las indicaciones siguientes. Mucha película, se dijo molesto Larrazabal, pero siguió escrupulosamente las órdenes. Se acercó hasta el colegio La Milagrosa y se la entregó a un chiquillo que le esperaba en la puerta con un teléfono en la mano. Un chavalillo mal encarado y rubio, con pendiente en la oreja. Once, doce años como mucho, cabezón como todos los eslavos. El chaval recibió el maletín sin mirarlo y llamó por el móvil. Luego le hizo un gesto, como si espantara una mosca, que se fuera.

Cuando llegó de regreso a casa de los Tarik, el viejo Rasul ya estaba allí, abanicándose perezosamente, rodeado de los suyos. Larrazabal siempre sospechó que lo tuvieron todo ese tiempo retenido en un piso cercano, por donde merodeaban los albaneses. Lo habían metido en el coche con los ojos vendados, le dieron unas cuantas vueltas para desorientarlo y lo soltaron bajo la resolana de la plaza de Lavapiés. La policía los hubiera atrapado en cinco minutos. Pero claro...

El té ya estaba listo y él lo sirvió con cuidado.

—Morita —susurró sentándose a la vera de la cama y colocando la taza con delicadeza casi frente a la naricilla de Fátima—. Morita —repitió un poco más alto.

—Colorado —ronroneó esta al fin, desperezándose con la parsimoniosa flexibilidad de un gato.

¿Por qué siempre despertaba tan feliz? Él hubiera querido preguntarle, hubiera querido pedirle que le dijera cómo así, pero en ese momento alguien tocaba a la puerta.

* * *

LA SEÑORA LUJÁN estaba frente a él, pequeña, encorvada, con sus ojos verdes donde danzaba una chispita alimentada de remota suspicacia y alerta. Larrazabal se había enfundado los pantalones y había abierto apenas un palmo la puerta, ¿sí, qué deseaba?, porque no estaban a principios de mes, que era cuando la señora Luján pasaba por donde sus inquilinos para cobrar la renta. Ya ni en Lima se hacía así, pero al parecer la señora Luján tenía una alergia crónica a los bancos y todos los meses, con una puntualidad desquiciante, visitaba los tres o cuatro pisitos que tenía para cobrar el alquiler. La mayoría de ellos eran de renta antigua y apenas si sacaba unos euros. Pero el de Larrazabal no. Larrazabal veía cómo todos los meses sus magros ingresos se veían disminuidos en casi seiscientos euracos del ala. De manera que el primer día de mes la señora Luján tocaba la puerta con escrupulosa precisión. Solo que ahora no era principios de mes. Larrazabal esperó a que ella dijera algo. Tenía una sensación incómoda en la boca del estómago.

—Señor Larrazabal —empezó la mujer con su voz cascada, y se incorporó un poquito—. Disculpe que lo moleste de esta manera, pero necesito hablar con usted. Es urgente.

En la voz de la anciana vibró una nota exasperada, como el trino de un pájaro que protesta. Larrazabal miró de soslayo al interior de la pieza. Envuelta en su albornoz, con los cabellos húmedos, Fátima estaba sentada a la mesa, la espalda muy recta.

—¿Urgente? —dijo Larrazabal para ganar tiempo. No era que la señora Luján pudiera censurar que él estuviera con una mujer en su casa, claro, pero le incomodaba que supiese que se trataba de Fátima.

—Sí, es urgente —insistió ella, y metió la cabeza entre el quicio de la puerta y el brazo del expolicía—. Me gustaría que fuera una conversación privada. Hola, Fátima, guapa. ¿Cómo están tus padres?

—Bien, señora Luján, gracias —escuchó Larrazabal.

—Bueno —dijo este al fin—. ¿Qué le parece si me pongo algo encima y nos vemos en el bar de Manolo? Pero la verdad, no sé qué...

La señora Luján hizo un gesto con la mano, que no se preocupara, no tenía pensado subirle el alquiler ni nada por el estilo. Y compuso una sonrisa. Más bien era para proponerle un trato que seguro le resultaría ventajoso. Y luego volvió a mirar hacia donde Fátima, como si no quisiera decir más.

—Bueno, lo espero abajo. No tarde, por favor.

Una vez que se disiparon los crujidos de los escalones, Larrazabal y Fátima se miraron con extrañeza. ¿Qué podía querer? La chica se acomodó rápidamente el sujetador y se puso la camiseta antes de incorporarse, cruzada de brazos. Estaba aún en braguitas. Tenía unas piernas largas y firmes. Como las de una patinadora olímpica. Larrazabal fue alcanzado por un sorpresivo golpe de deseo en el pecho. Se acercó a ella que, ajena a lo que sentía Larrazabal, sorbía su té, pensativa. En la miel oscura de sus ojos Larrazabal observó cómo se adensaba una preocupación.

—¿Te querrá echar?

—No creo. Ya has escuchado. Más bien me quiere proponer algo.

Larrazabal extendió una de sus manazas de fontanero para tocar el cabello rabiosamente ensortijado, como hecho de resortes, de Fátima. Ella lo miró ya sin preocupación y en un instante se puso los vaqueros y después la chilaba turquesa que se ponía de vez en cuando, para complacer a su madre. Luego cubrió sus cabellos con el velo ese que Larrazabal nunca podía acordarse de cómo se llamaba y que enmarcaba su rostro anguloso con primor.

—Tienes razón, no tiene por qué preocuparte —pero él no había dicho tal cosa—. Mejor la escuchas y luego decides. A lo mejor es algo bueno, ¿no? ¡Ojalá!

Luego se empinó un poco para darle un beso, se tenía que ir, cielo, la esperaban en la gestoría y no quería volver a llegar tarde. Él pudo aspirar el aroma de su piel, algo ligeramente ácido y suave que le encantaba y le traía un remoto olor de su infancia, a un pasado inexplicablemente feliz y al mismo tiempo ajeno, como una añoranza. La abrazó con fuerza, como si de pronto temiera no volver a verla. Siempre era igual.

LA SEÑORA LUJÁN PODRÍA TENER UNOS ochenta años magníficamente pastoreados o unos sesenta pésimamente trajinados en su dilatada vida. Era algo en lo que Larrazabal nunca se ponía de acuerdo. Tenía achaques de viejecilla, usaba vestidos de viuda de la guerra pero sus ojos verdes resplandecían como si aún se inflamaran a la lumbre de lejanas pasiones. El Colorado la veía pasar con sus pasitos apurados, caminando Tribulete abajo, volviendo no se sabía bien de dónde pero siempre a toda velocidad, siempre presa de una diligencia que apenas le permitía el respiro de contestar el saludo de los vecinos, espantar el revuelo de la chiquillería morisca,

evitar el rebaño manso de los africanos que se reunían frente a las Escuelas Pías, desoír la zarabanda de los sudamericanos que se apostaban en la esquina o comían manzanas y uvas en las fruterías de los paquistaníes. Era como si en realidad la señora Luján fuera y viniera por un tiempo y un trazado ajenos a los del barrio actual, buscando reencontrarse con lo que fue su vida décadas atrás, en un Madrid de tranvías y pasodobles, de documentales en blanco y negro y misa diaria.

Ahora estaba frente a él, soplando su café con leche y bebiendo despacio. En sus ojos habitualmente alertas, Larrazabal creyó descubrir algo parecido al miedo.

—Señor Larrazabal —empezó diciendo apenas sentarse este frente a ella—. Le seré clara. Me he permitido irrumpir en su casa así porque necesito su ayuda.

Larrazabal sintió tensarse la musculatura de su espalda. Pero no dijo nada y esperó a que la señora Luján carraspeará un poco, seguro ella también ganando tiempo para organizar lo que tenía que decirle y que con toda probabilidad había preparado de antemano. Sabía por experiencia que si alguien demora mucho su explicación es porque la ha elaborado con tanto esmero que luego olvida cómo empezarla. Luego enfrentó los ojos verdes y sorprendentemente jóvenes donde ahora se avizoraba algo como un naufragio.

—Usted dirá...

—Se trata de mi sobrina Lucía. No, usted no la conoce. Ella es una persona muy trabajadora y buena, ¿sabe? Muy temperamental pero incapaz de hacerle daño a una mosca. —La señora Luján se llevó una punta del pañuelo al borde de un ojo, como si no quisiera ni admitir que una lágrima deshiciera su liviano maquillaje—. Pero ahora mismo está detenida. ¡Y es absolutamente injusto!

El ruido exasperante del molinillo de café había cesado bruscamente y la exclamación destemplada de la señora Luján atrajo

algunas miradas. Ella bajó un poco más la voz donde sin embargo subsistía esa nota quebrada del que desespera por no dejarse entender correctamente. Su sobrina trabajaba en una revista de moda, pues desde muy pequeña le habían gustado esas cosas y era muy coqueta, continuó. Más bien presumida, eso era cierto, porque siempre había hecho lo posible para ocultar su origen. El ceño de la señora Luján culebreó por la contrariedad de contarle aquello a Larrazabal, pero prosiguió, como una locomotora que traquetea indesmayable por una pendiente: ellos eran gente trabajadora, honrada, de origen modesto. Venían de Extremadura.

Bebió un sorbo de su café antes de continuar.

—¿Usted conoce Extremadura? ¿No? Bueno, le gustaría mucho. El caso es que mi hermano, el padre de Lucía, era albañil de obra y murió en un accidente laboral hace ya bastantes años, cuando mi sobrina era pequeñita. A la madre, que era una moza delicada, se la llevó un cáncer poco después y Lucía quedó a mi cuidado con apenas doce años. Estudió periodismo y resultó ser buena en lo suyo. Tiene aptitudes para ello y además le gusta, ¿sabe? Desde hace casi cinco años trabaja en aquella revista y le iba todo bien hasta que se le cruzó en el camino esa mujer, esa tal Laura Olivo. Y a partir de allí todo empezó a ir mal. ¡Nefasto!

La señora Luján lanzó un bufido asqueado, como ante una mala palabra. Ella entendía las cosas modernas, pero todo tenía un límite, dijo ya casi en un murmullo, como si hubiera perdido el hilo de su argumentación, una Ariadna desolada y decrepita.

—Pero bueno —dijo la mujer, como despertando de un ensueño—. Me estoy yendo por las ramas y usted tendrá sus cosas.

Él movió la cabeza imperceptiblemente. Un segundo antes de que su casera empezara su relato, Larrazabal se había mantenido quieto, como una estatua de sal, casi sin respirar, pensando en cómo declinar lo que estaba seguro que le iba a proponer la doña.

Porque desde el primer momento, como quien es atrapado por la fuerza irreversible de una intuición, supo sordamente de qué se trataba. No con exactitud, claro, pero sabía que solo le traería problemas. No era la primera vez que le ocurría. Y ahora, mientras la escuchaba hablar, mientras escuchaba a aquella mujer avanzar por ese camino enfangado de desdichas que era la modesta biografía de su sobrina, todo su ser estaba concentrado en buscar una salida airoso a no sabía qué.

—Y entonces su sobrina Lucía ha sido acusada... ¿de qué exactamente? —Interrumpió con cautela para hacer avanzar el relato de la señora Luján.

La mujer dejó la taza sobre la mesa y cruzó ambas manos en el regazo, entendiendo que debía dejar de irse por las ramas. Luego lo miró con una calma fría que oscureció momentáneamente sus ojos claros.

—De asesinato.

* * *

UNA MAÑANA SOLEADA, a los pocos días de resolver el secuestro del viejo Rasul Tarik y cuando aún el calor no apretaba demasiado, el Colorado Larrazabal, fregona en mano, escuchó que tocaban a su puerta, lo que lo desconcertó momentáneamente. Una brisa ligera y refrescante entraba por la ventana de su salón, bañando de tibia luz la mesa donde reposaban la cafetera, el cesto del pan y una taza sucia.

Cuando abrió se encontró con los ojos castaños y chispeantes de la hija de Tarik. Llevaba un pañuelo que cubría su caballera negra y ensortijada, pugnaz bajo la tela colorida, como si se rebelase a estar constreñida por aquel velo azul.

—Buenos días, he venido a traerle esto —dijo la chica, y solo entonces Larrazabal se dio cuenta de que en las manos llevaba un

plato cubierto con un pañito de cocina. Como no atinó a decir nada, ella preguntó, con la mejor de sus sonrisas—: ¿Ha probado el cuscús?

Y sin decir más, con una familiaridad que lo descolocó, franqueó la puerta haciéndolo a un lado con un golpecito gracioso de cadera. Esta vez no llevaba la chilaba esa sino simplemente unos vaqueros y una camisa sencilla y blanca que dejaba adivinar sus formas elásticas.

—Caramba, gracias, no se hubiera molestado...

Fátima dejó el plato cuidadosamente sobre la mesa y por primera vez la bonita sonrisa que había traído hasta allí se desvaneció de su rostro dejando paso a una expresión grave que sus pestañas largas y espesas acentuaban.

—Ni siquiera hemos hablado de dinero —dijo mirándolo con toda seriedad—. Cuando regresó mi padre, en la confusión horrible de todo lo ocurrido, ni se nos pasó por la cabeza lo que usted cobraría por sus servicios. Cuando quise hacerlo, usted ya se había marchado.

Era cierto. En ningún momento habían hablado de dinero, ni cuando ella y Jamal acudieron a pedirle desesperadamente ayuda, ni durante las horas tensas de la negociación ni, como afirmaba la joven, cuando la algarabía de tener al patriarca redivivo en casa les dejó un instante para otra cosa que darle unas confusas y vehementes gracias a Larrazabal antes de volver a abrazar al padre entre exclamaciones de júbilo. La madre le quiso besar una mano, Jamal le estrechaba la otra y volvía a donde su padre como constatando que siguiera allí. Y Fátima lloraba acuclillada, con la cabeza en el regazo del viejo, en cuyos ojos legañosos destellaba aún cierto rescaldo de miedo animal.

En ese momento Larrazabal entendió que no pintaba nada en aquel fresco emotivo y casero y se marchó discretamente de allí. En

la esquina se pidió un café con leche y un pincho de tortilla porque en ese momento caía en la cuenta de que prácticamente no había probado bocado desde el día anterior. Pero no pudo ni siquiera terminar el humeante trozo de tortilla que habían puesto ante él y apenas dio dos sorbos al café con leche. Pagó y se fue a su estudio con los huesos molidos como si estuviera incubando un demoleedor resfrío. Llamó a Tejada para decirle que no iría a trabajar y durmió lo menos diez horas de un tirón. De eso habían pasado tres o cuatro días. Y ahora la hija de Tarik estaba allí, nuevamente en su piso, con su velo y sus ojos hermosos, ofreciéndole un plato de aromático cuscús.

—No, no se preocupe —se oyó decir confuso—. No hay ninguna deuda.

—¡Claro que sí! —La joven dio un paso hacia él, y habló con vehemencia—. No somos ricos pero lo que ha hecho por nosotros es invaluable. Le ruego que nos diga qué es lo que le debemos, por favor. No pretendía que este simple plato fuera el pago, solo...

—Ya, ya lo sé —apaciguó él la vehemencia de la chica, más concentrado en aspirar el leve perfume corporal que le llegaba como un mareo—. Pero, insisto, no me deben nada. Lo importante es que su padre ya esté en casa, sano y salvo.

Si en algún momento de esos días Larrazabal había pensado borrosamente que algo le debían pagar, en el cielo tormentoso de sus elucubraciones no quedaba ahora ni una sola nube que afeara la claridad de lo que pensaba: no recibiría ni un centavo de aquella chica. Una confusa mezcla de pudor e incomodidad le hacía imposible imaginarse recibiendo unos billetes por parte de aquella gente. Sabía que el viejo andaba en trapicheos de móviles y sobre todo de cigarrillos, pero ese era asunto de la policía y no suyo. Para Larrazabal los Tarik eran una familia vecina, con cuyos miembros

se cruzaba de vez en cuando —sobre todo con la hija— y con los que no tenía más trato que la urbana cordialidad de darse los buenos días o las buenas tardes.

Fátima quedó momentáneamente desconcertada al escuchar la negativa del expolicía y le buscó los ojos perrunos con la intensidad de quien intenta descifrar un acertijo.

—Es usted un buen hombre —valoró al fin, y Larrazabal sintió una repentina e inexplicable melancolía.

Desde que había llegado a Madrid no había tenido ninguna relación sentimental, más allá de los furtivos encuentros con alguna prostituta, que, si bien desahogaban sus inevitables ardores, le dejaban una sensación de desapacible melancolía, como cuando bebía más de la cuenta algún sábado por la noche en casa de Tejada y al día siguiente, además del dolor de cabeza y la lengua pastosa, despertaba emboscado por una tristeza infinita cuya causa él atribuía a todo lo que había dejado en Lima. Que no era mucho, la verdad. Por no decir nada, excepción hecha de tenues recuerdos de su madre, muerta poco tiempo antes de que él tuviera que marcharse, las palabras bondadosas de su comandante Carrión, su sobrina Luchita y poco más. Recuerdos que también habían viajado con él a España.

De manera que aquella tristeza quizá se gestaba más bien en la certeza de sus días sin proyecto en Madrid, rutinarios como sus mañanas en el metro, sus sábados infinitos y sus domingos soporíferos escuchando el fútbol en la radio. De vez en cuando se miraba en el espejo y descubría en su rostro oscuro unos ojos apagados donde ya no quedaba ni un vestigio de entusiasmo; una barriga que empezaba a insinuarse como el anticipo de la vejez cercana, y aunque nunca había tenido tiempo para plantearse qué significaba exactamente envejecer, intuía con cierto desvelo que empezaba a transitar cuesta abajo en la

medianía de la cuarentena. «Un buen hombre», acababa de decir la chica, y él sintió todo el profundo peso de esas sencillas palabras que desmoronaban su hombría. Era el piropo que se le destina a alguien cuyos atributos mejores ya no tienen nada que ver con su sexualidad, sino con los afectos tibios que merece un viejo.

Tuvo suficiente lucidez como para desbrozar del campo antaño fértil de sus deseos y expectativas la loca idea de que le podría gustar a aquella joven y atractiva vecina que todas las veces que se encontraba con él le sonreía con un punto de coquetería, a lo que Larrazabal correspondía con gravedad no exenta de deseo. ¿Pero realmente alguna vez pensaste que esta preciosidad se iba a fijar en ti, Colorado?

Como no dijo nada, la chica miró su relojito, sonrió y dijo que se tenía que marchar. Esperaba que disfrutara del plato. Lo había preparado ella misma, añadió con el afán algo infantil de otorgarle un plus de valor al guiso. Se demoró como si olvidara algo. Larrazabal esperó. Al fin, ella fue la que habló.

—Si quieres, un día podemos tomar un té o una coca-cola por aquí cerca...

El tuteo que ella había imprimido a sus frases le sobresaltó menos que lo inesperado de la propuesta. Fue asaltado por la misma sensación que cuando se encontró un billete de diez euros en el pantalón que iba a meter en la lavadora.

—Por supuesto —atinó a tartamudear antes de cerrar la puerta.

Y cuando la chica se fue, se propinó una palmada en la frente y dio unos pasos de sonámbulo por los escasos metros del salón, se sentó en el sofá maldiciendo su poquedad y finalmente se asomó como un colegial a la ventana para verla salir del edificio, con el deseo de que ella levantase la vista y le hiciese adiós con la mano, y

al mismo tiempo temeroso de que lo viera allí, como un pasmarote en la ventana. Pero ella no se volvió.

Sí, así había sido.

* * *

LA CÁRCEL DE MUJERES de Madrid I se parecía a una cárcel de las que había conocido Larrazabal en Lima tanto como una manguera a un balón de fútbol. O como un huevo a una castaña, que era como habría dicho su compadre Tejada, tan dado a incorporar frases y giros españoles a su habla peruana. No era desde luego el limeño penal de Santa Mónica, un edificio desolador y sucio donde desde lejos te golpeaba el pestazo rancio a comida fermentada, sin buena ventilación y llena de lamentos, gritos e injurias como de locas que herían con su estridencia en la penumbra de sus pasillos. Todo el trayecto hacia Madrid, encogido en el Ford Fiesta de la Morita, estuvo pensando en eso.

Madrid I parecía más bien un hotelito, un modesto club campestre, de casitas de colores rodeadas de jardines coquetos, con una piscina que lanzaba destellos bajo el sol frío de la mañana, y hasta un polideportivo para que las reclusas pudieran hacer ejercicio. ¡Caracoles!, se rascó la cabeza Larrazabal nada más pasar la barrera de seguridad y mostrar el documento de identidad. Lo miraron de reojo y volvieron a mirar el DNI. Por aquí, el guardia salió de su caseta y le hizo un gesto. Atravesaron un patio cuadrado hasta donde llegaba el burocrático rumor de las oficinas. Lo cruzaron y franquearon una puerta que daba acceso a un pasillo y de ahí la antecámara de la zona de las reclusas: Le llegó un olor pastoso, indefinido, a laca y Mr. Proper, como si en realidad hubiera entrado a un hospital. Otra reja se abrió con un chasquido metálico y por fin una cristalera como la de las películas, dividida en secciones y con sen-

das sillas a ambos lados. Larrazabal tenía veinte minutos para hablar con Lucía Luján. Y aún se sentía nervioso y desasosegado, como le confesó a Fátima nada más salir del paseo de la Reina Cristina en dirección a la A-3, casi una hora antes.

—No te preocupes —le dijo ella cuando el Colorado tenía ya la mano en la portezuela—. Si ves que no la puedes ayudar, se lo dices.

«Y pierdo el piso», pensó Larrazabal. Pero esto último prefirió callárselo.

Ahora, mientras esperaba sentado en la silla de plástico azul frente a la cristalera, cruzando las manos sobre el regazo, no estaba tan seguro de nada. Miró su reloj otra vez solo para comprobar que no habían pasado ni dos minutos desde la última vez que lo hiciera. Tuvo que admitir que parte de aquel desasosiego que lo asaltaba desde que aceptó el encargo de la señora Luján tenía que ver con su repentina posibilidad de ser propietario del coqueto pisito bien iluminado donde había transcurrido gran parte de su vida española. En todo caso la mejor, la más segura... hasta hacía poco.

Volvió a recordar la otra tarde en el bar de Manolo, cuando la señora Luján, aprovechando su desconcierto al explicarle que su sobrina estaba acusada de asesinato, le propuso algo que en cualquier otra circunstancia él hubiese rechazado de plano. La anciana hizo sus tareas y así había averiguado quién era Larrazabal, dónde trabajaba —hasta le dio el pésame por lo de su compadre Tejada— y a qué se había dedicado en Lima. Y luego de beber un sorbo de su cortado, le contó a grandes rasgos el peliagudo asunto en el que estaba metida su sobrina.

El abogado que habían contratado a los dos días de que Lucía pasara a disposición judicial apenas se dedicó a mirar el expediente y a menear la cabeza con desgano e incredulidad, como si diera todo por perdido desde el primer minuto. ¡Desde el primer minu-

to, señor Larrazabal! Y por desgracia así parecía haber sido porque lo único que le había dicho a Lucía era que si se declaraba culpable era más probable que le rebajaran la condena, que dijera que había actuado «bajo el imperio de una emoción violenta» —así había dicho el abogado—. Y que todo la incriminaba con claridad meridiana en la muerte de Laura Olivo. Lucía se negó en redondo y el abogado la miró imperturbable, como a la espera de que se desmoronara aquella indignación de mampostería y cartón piedra y que su clienta aceptara lo evidente. Luego le dijo que le caerían entre seis y quince años por lo menos, si tomaban en cuenta el atenuante antes señalado. Pero tenía todo en contra, agregó el abogado, pues si no era culpable... ¿entonces por qué había huido de la escena del crimen? Y claro, la gran tontería que cometió su sobrina fue huir de allí. Pero se asustó, no pudo calcular lo que eso significaba.

—¡Fue una tonta, señor Larrazabal, una tonta redomada, pero no es una asesina!

Aquella tarde, al terminar de contar esto, la señora Luján se volvió a llevar con delicadeza el pañuelito a los ojos. Como él comprendería, visitar a su sobrina en la cárcel le resultaba extremadamente duro y apenas si podían hablar porque nada más verse se echaban ambas a llorar, presas del miedo y del desconsuelo, que era una tenaza aquí mismo, dijo la mujer llevándose ambas manos al estómago.

Luego de que la señora Luján se enterase de todos los pormenores de aquel horrible asunto, fue a su visita acostumbrada con el corazón encogido en un puño. Creía haber llorado ya todas sus lágrimas y el amanecer la encontró desvelada, ojerosa y exhausta pero decidida.

—Tenía que preguntárselo, ¿sabe usted?

Y así lo hizo nada más aparecer Lucía al otro lado de la cristallera: ¿Había sido ella, hija querida, ella había cometido aquel atroc

asesinato? En los ojos de su sobrina se encendió un fuego lleno de rencor, de furia, de desprecio quizá. Su rostro se endureció y se quedó mirando a su tía largo rato. La mandíbula le temblaba cuando dijo que no, que no había sido ella. Aunque todo la incriminara de manera tan espantosa, no había sido ella. Y no iba a cumplir condena por algo que no había hecho. Antes se mataba, dijo con un rugido que atrajo a la guardia.

No hizo falta decir nada más. La tía la creyó. Despidieron a aquel abogado indolente y contrataron a Borja del Castillo, más viejo y al parecer más resabiado —mucho más caro, también—, que les dijo desde el principio y con una sinceridad brutal lo mismo que el primero. «No, no dudo ni siquiera de sus palabras», atajó con una mano enérgica el inicio de protesta de Lucía y de su tía, «pero aquí lo único que cuenta es demostrar su inocencia o asumir su responsabilidad. Lamentablemente la legalidad no va sobre la justicia, señoras. Y todas las pruebas parecen indicar su culpabilidad, señorita Luján». A menos que alguien pudiese averiguar algo más concreto y que demostrara fehacientemente su inocencia, les advirtió guardando apresuradamente sus papeles en un maletín de buena piel, lo mejor que podían hacer era preparar una defensa sólida basada en el aspecto pasional del crimen. Esta, claro, era una categoría más literaria que jurídica, pero lo decía así para que ellas entendieran. Y no podían perder tiempo porque entre unas cosas y otras, entre la negligencia del primer abogado y la cerrazón de Lucía para admitir su culpabilidad, las diligencias previas se habían transformado ya en procedimiento del tribunal, que era el paso inmediatamente anterior a la apertura del juicio oral. No tenían tiempo, insistió.

Por eso la señora Luján fue directamente al grano con Larrazabal cuando lo citó para proponerle aquel trato. Dinero en efectivo no tenía ahora mismo para pagarle, dijo, y limpió la mesa de

invisibles miguitas como para que no cupieran dudas. ¡Si viera el dineral que se llevaba el abogado!, pero si él demostraba que su sobrina no era culpable de asesinato, se quedaba con el piso que le alquilaba. ¿Qué le parecía?

Sí, eso fue lo que terminó de decidirlo: el piso no es que fuera gran cosa como tal, apenas cincuenta metros cuadrados, dos ventanas a la calle bulliciosa, una habitación, una cocinilla y un baño algo estrecho. Pero era coqueto, cuidado y suficiente para él, sobre todo porque por fin podría tener algo a lo que llamar «suyo».

De manera que al día siguiente de su primera cita fueron hasta la calle Hermosilla a hablar con Del Castillo. Este miró con suspicacia a Larrazabal, como dudando de sus dotes de sabueso, pero al fin, luego de escuchar las arduas explicaciones de la señora Luján, se encogió de hombros sin atreverse a mirarla. Si eso era lo que ella quería, él no tenía problema alguno, pero siguió mirando al expoli-cía peruano un momento. «Como si nunca hubiera visto a un negro», pensó Larrazabal resignado a ese escrutinio desde que llegara a España. «No es que les incomoden los negros —le había dicho Tejada dándole unas palmadas amistosas en la espalda—; lo que les incomoda, lo que les deja perplejos, lo que realmente los deja turulatos es que no seas cubano o africano y además vayas de corbata. Eres un negro raro que para colmo se apellida Larrazabal y hace gala de vasco. Aquí los negros que triunfan y se aceptan son deportistas. Los demás son inmigrantes, pobres, mendigos, vendedores de *La Farola*, raterillos, gente venida en patera. Los negros laborales, educados y de corbata son más raros que un perro verde». Quizá era eso, pensó el Colorado cuando Del Castillo, sin dejar de mirarlo, se recostó en su butacón de piel: tenía una cabeza lustrosa de César y el mentón cuadrado de los vehementes, de los acostumbrados a mandar. Pero también unos ojos sabios. Enfrentó los de Larrazabal y asintió al fin, como si hubiese reconocido una fibra especial en este.

—Muy bien. Diremos que usted trabaja para el bufete, que es mi investigador —dío una palmada en su mesa de caoba fina—, cualquier cosa que le permita moverse a sus anchas y husmear sin problemas. Dentro de ciertos límites, claro. Ya bastante revuelo mediático ha causado este penoso asunto —agregó volviéndose otra vez al Colorado.

Antes de que este pudiera decir nada, el abogado le puso al tanto de los pormenores del caso, y Larrazabal fue tomando notas durante casi una hora. Finalmente Del Castillo colocó sobre la mesa una carpeta voluminosa: mientras, él seguiría preparando una defensa bajo la admisión de culpabilidad de su cliente. Y que Dios lo ayudara, Larrazabal, le dijo al tenderle la mano y aprovechando una distracción de la señora Luján, porque el caso parecía clarísimo. Lamentablemente.

Larrazabal sabía también que era difícil aquella pesquisa y además con un margen de tiempo tan corto, pero la señora Luján comprendió de inmediato que cualquier abogado les explicaría lo mismo: todas las pruebas incriminaban a su sobrina de una manera heladamente clara y no parecía haber otro móvil que el del crimen pasional. Sí, sí, pasional. Un asunto pasional entre dos mujeres.

Nada más regresar de su charla con la señora Luján, el Colorado se lo contó a Fátima. A ella no pareció escandalizarle demasiado. Era algo a lo que Larrazabal no se acostumbraba: para algunas cosas Fátima parecía muy conservadora pero para otras en cambio... ni se inmutaba. Con el paso del tiempo fue descubriendo que su Morita se vestía y se comportaba con la discreción de otras muchachas árabes de las muchas que él veía a diario en Lavapiés, pero que aquello era más bien para complacer a unos padres demasiado viejos para cambiar y aceptar que sus hijas era más occidentales de lo que aparentaban. De allí las chilabas hasta los pies, el velo cubriendo el cabello. Pero luego eran como las demás chicas

españolas. O más. Por eso, cuando Larrazabal le contó el asunto de Lucía Luján, Fátima, que se preparaba un té, le dijo:

—Ya lo sabía.

—¿Qué sabías, Morita? —le preguntó él con una escaramuza de alarma.

Y en los labios de Fátima apareció el amago de una sonrisa.

—Que a Lucía Luján le iban las mujeres. Desde siempre.

—¿Ah, sí?

Al parecer sí. Fátima la conoció un poco porque eran más o menos de la misma edad y Lucía creció con su tía, allí mismo, en la calle Amparo. Luego entró a trabajar en aquella revista de frivolidades y se mudó al barrio de Salamanca. Seguro se dejaba más de la mitad de su sueldo en alquiler, resopló Fátima. Pero así era Lucía Luján. El Colorado quiso saber más y de esa guisa, disfrutando a sorbitos de su té de menta, se enteró de que Lucía no tuvo nunca novio o novietes de juventud, al menos que se le conocieran. Salvo un chico búlgaro, cuando la gente del Este era mayoritaria en el barrio, un rubio cachas y con cara de lanzador de martillo, que al parecer la maltrataba.

—Un buen día, harta ya, Lulú —que así la llamábamos en el barrio— amenazó con un cuchillo al búlgaro y estuvo en un tris de ir a la cárcel. ¡La que tuvieron ella y su tía!

Pero Lucía era así, ya le decía, una mujer de prontos, capaz de sacar un cuchillo o una barra de labios con la misma rapidez y frialdad.

—¿Y tú crees que fuese capaz de matar a alguien? —preguntó suavemente el Colorado.

A Fátima la pregunta no pareció incomodarla. Se quedó un momento soplando su taza.

—La verdad, no la creo capaz de tanto. Pero quién sabe, ¿no?

—Efectivamente, quién sabe...

Ahora el Colorado esperaba con impaciencia conocer por fin a aquella mujer y, sobre todo, escuchar de sus labios la versión de lo ocurrido. Miró otra vez su reloj, impaciente, y escuchó al fin unos pasos firmes en el fondo del corredor.

* * *

LA MUJER QUE SE SENTÓ frente a él tenía el cabello castaño atado en una coleta algo infantil, cosa que desdecían los ojos enrojecidos, unas grandes ojeras violáceas y ese rictus de amargura en los labios que parecía haberse macerado en muchas noches rumiando un insomnio atroz. No obstante saludó con voz firme a Larrazabal, lo miró de arriba abajo igual que hiciera Del Castillo, sin molestarse en fingir su sorpresa, y encendió un cigarrillo, tensa, a la espera de que él dijera algo. Tenía las uñas mordisqueadas como una niña.

—Buenos días, señorita Luján.

—Lucía, por favor.

—Bueno, supongo que ya sabe quién soy... y para ahorrar tiempo si le parece entremos en materia.

—Yo no maté a Laura —Lucía Luján se acomodó mejor en la silla de plástico y lanzó el humo por un costado de la boca, como si hubiese querido, junto con el humo, expulsar su frase brutal.

—Ya. Era evidente que te diría eso —Fátima lo vio llegar, dejó el libro que estaba leyendo y abrió la portezuela del coche—. Pero tú... ¿la crees?

Partieron. Larrazabal no sabía que pensar. Al principio Lucía Luján se mostró bastante arisca, exasperada, con esa exasperación de quien sabe de antemano que no le van a creer o que van a pasar siempre sus palabras por el cernidor de la duda. Pero luego de que Larrazabal se la fuera ganando con paciencia y sobre todo con silencios, anotando con pulcritud en su libretita todo lo que ella